

## 1. Introducción



Cierra los ojos. Nunca antes un libro te habrá pedido algo así. Pero los libros en general quieren contarte algo que no sabes. Este quiere contarte algo que sabes, pero no recuerdas. Cierra los ojos unos segundos. Veinte, por ejemplo.

Posiblemente no hayas imaginado nada en esos veinte segundos. Ahora sigue leyendo.

Una sirena se trenza el pelo y canta sobre una roca mientras el barco del pescador zozobra. Un tiburón nada en círculos alrededor del naufrago. Una ballena devuelve una pasta de plancton entre la que brillan monedas y la melena sedosa de un chico, que busca la superficie.

Cierra los ojos.

¿Los has visto? Es tu imaginación. Nuestra capacidad de imaginar, tan leve, tan potente es fundamental para preservar nuestra civilización como la conocemos, pero cautiva en el sótano, olvidada en el trastero, afónica y oxidada detrás de toda la información *click & play* (sin reflexionar, sin requisitos) que consumimos, desfallece. Esta será posiblemente la primera generación que se deja robar algo tan precioso como la imaginación. Este libro pretende irónicamente

despegar tus ojos del papel, y sobre todo de la pantalla, para que recorran el horizonte, el que tengas delante o dentro de ti, en defensa de la imaginación; recordarte lo importante que es imaginar.

Sirenas, tiburones y ballenas son probablemente las criaturas marinas que más espacio han ocupado en la imaginación de las personas. Sin embargo, me atrevo a argüir que las anguilas han contribuido silenciosamente otro tanto a exacerbar la creatividad humana.

En 1874, a punto de morir, el biólogo alemán Max Schultze escribió: «Todas las preguntas importantes han sido resueltas. Excepto la pregunta de las anguilas». Ahí había un vértice por el que su imaginación se escapaba y creaba mundos infinitos para explicar el origen de estos peces alargados.

En ese momento nadie había visto nunca a una anguila reproducirse. Su anatomía tampoco daba ninguna pista. Los biólogos se afanaban en diseccionarlas y nada, ni rastro de sus órganos reproductores.

Solo cabía imaginárselas. ¿Saldrían del barro por generación espontánea? ¿Pondrían huevos? ¿Serían producto de la transformación de otras criaturas? ¿Existiría un número finito de las mismas?

Schultze, como tantos científicos y exploradores, hacía uso de su imaginación en sus escritos para intentar encontrar una solución a la pregunta que le obsesionaba. Esta capacidad de crear sendas donde no las hay es una de las principales características del ser humano y una de las esencias que nos definen.

Empecé a trenzar notas e ideas sobre este tema en el año 2019 en libretas escolares abandonadas por mis hijos (una libreta sin terminar es una caja sin abrir). No tenía entonces idea de lo que se nos venía encima y de lo importante que la imaginación sería para superarlo. Meses más tarde en medio de los confinamientos contra la pandemia de COVID-19 estaría buscando, como muchas otras

personas, alternativas para mantener a unos niños motivados y entretenidos, a unas personas mayores animadas e involucradas en la comunidad, a un grupo de vecinos organizado y unido, a mí misma entretejida con mis amigos y familiares, a flote en momentos de frustración, desorientación y miedo.

¡Qué habría sido de mí sin la capacidad de imaginar para sobrevivir a todas las celdas oscuras a las que la pandemia me arrojó! Sin rincones imaginados por otras personas en los que encontrar un mundo anterior o alternativo en el que cobijarme, estirar los brazos, levantar la vista, sentir la nieve en un bosque de Alaska como la pensó Jack London, el acecho cuando Tom Cruise corre en sus misiones imposibles, el aleteo del cuervo de Sandman, la osadía de comprar una isla sin barcos en el Catán, el susurro de la música de Ólafur Arnalds, la mirada cortante de Alexander Sacharoff pintada por Jawlensky, las cintas de las palabras cuando el poeta Adonis escoge quedarse «en el secreto de las cosas».

¡Cuántas veces pensé: en cuanto encuentre fuerzas me levanto e izo la bandera! Esta bandera, este texto, esta defensa: la de la imaginación. Alto, lo más alto posible, para que sigan existiendo las atalayas de todos, cada uno la suya, la de su imaginación, donde encaramarnos y descubrir grandes espacios. Si antes de la pandemia pensaba que la imaginación necesitaba ser defendida, los confinamientos me convencieron de ello.

¿Puede la capacidad de imaginar mantenerse si alteramos el proceso por el cual pensamos? ¿Puede el ser humano crear igual, tener un pensamiento original de la misma forma, si se transforma el proceso por el que acumula conocimiento? ¿Es la inteligencia artificial el fin de la imaginación?

Me pregunto si ya soy demasiado transparente a la hora de comenzar esta reflexión. El mero planteamiento de esta pregunta denota, más que un interés, una preocupación, casi una sospecha. En su libro *El infinito en un junco* la escritora Irene Vallejo hace un elogio

de los libros y explica, de una forma tan clara como bella, la historia y la importancia de los libros en lo que somos y las explicaciones que nos damos. Me aventuro a afirmar que la autora usó una bujía parecida para iluminar su camino: la del amor hacia algo valioso que necesita ser protegido, salvado, transmitido.

Yo me cuestiono si seremos en el futuro capaces de imaginar, de crear alternativas, cuando nuestro proceso de acceso a la información use los libros como las hebras de azafrán, en cantidades muy limitadas, y se limite de forma casi total y definitiva a contenidos cortos, rápidos y visuales, lo que equivale a un consumo pasivo de información donde la necesidad de imaginar queda cercenada. Con el paso del tiempo, aletargada. Un par de generaciones más, minimizada o extinta.

Si existe una argumentación científica y factual, por somera que sea, que apoye esta duda, dada la importancia de la imaginación para la supervivencia de la humanidad como la conocemos, todos deberíamos plantearnos preservarla. Buscar los rincones a nuestro alrededor en los que anida esa imaginación y protegerlos con anillos de bosque, grutas encriptadas por sortilegios, ríos feroces, acantilados, fosas oscuras, zombis, glaciares, esfinges, troles y fronteras aceradas.

Entiendo por consumo de información su acepción más amplia, incluyendo el aprendizaje, el ocio y la socialización. Científicos y académicos de la neurología, la psiquiatría, la psicología y la filosofía teorizan y experimentan ya con las consecuencias del consumo de información a través de pantallas sobre la capacidad del pensamiento complejo y crítico. Se preguntan si este modo fraccionado de relacionarnos con el entorno disminuye nuestra capacidad de enfrentarnos a pensamientos complejos, de valorarlos y, lo que es fundamental para el funcionamiento de la sociedad, de saber si son verdaderos o falsos. Se teme que una explosión de la inteligencia artificial acelere este proceso.

Todos tenemos derecho a nuestra imaginación y (tristemente) a no usarla, pero no a una versión propia de la realidad y los hechos. Si no somos capaces de ponernos de acuerdo en esto, la realidad nos parecerá siempre subjetiva y perderemos la sensibilidad hacia lo que «es», piedra de toque para vivir en sociedad.

Siguiendo este planteamiento, yo doy otro paso: si esta forma de consumo de la información afectará a nuestra capacidad de imaginar. Si en este mundo de información dirigida, *algoritmizada*, descuartizada, monetizada, transitoria y precoloreada la verdad se diluirá y, por extensión, la imaginación resultará entumecida debido a la manipulación y anquilosamiento de los que seremos víctimas.

Platón y Sócrates temieron que la llegada de la escritura dañase la capacidad de la memoria en el hombre. La escritura debilita el músculo de la memoria, vienen a decir. Platón advierte además que la separación entre el que crea el conocimiento y su audiencia es peligrosa y produce incertidumbre. El destino de la palabra escrita es impredecible. Registrar la palabra es perder el control sobre su confidencialidad y el destino personal del mensaje.

¿Es entonces esta preocupación solo el traje moderno de un espectro milenario que se despierta eternamente ante la última innovación? No, en mi opinión. Las ideas que aquí se tratan no son una forma más de preocupaciones o fobias milenarias. Como se advierte en el libro de Bijker y Law sobre *sociotecnología*, «nunca antes nuestras tecnologías habían sido tan poderosas. Nunca antes habían supuesto tantos beneficios. Nunca antes habían tenido tanto potencial de destrucción (...) Y nunca antes ha sido la tarea de entender estas tecnologías (cómo se forman, cómo nos forman) tan urgente».

Mi admirada Ursula K. Le Guin escribió en *Words are my matter*: «Hay dos tipos de historias: las que dicen lo que ocurrió y las que dicen lo que no ocurrió». Siendo ella una auténtica maestra de la distopía, me atrevo a añadir «aún»: lo que no ocurrió aún o lo que podría ocurrir. Ese es el país al que vamos a viajar.

Mi intención es más plantear preguntas que proponer respuestas. La ciencia tiene como misión enfrentarse a la realidad, medirla, explicarla. Su trabajo aspira a clasificar las hipótesis entre los cajones de «lo que es» y de «lo que no es». Este no es un texto científico, no surcaremos ese mar, sino que navegaremos en el reino de la hipótesis y la intuición, donde se da la presión suficiente para que floten las boyas rojas de la duda y la precaución: cuidado, final del mapa. Cuidado: más allá yacen dragones, los últimos, los que han devorado a todos los demás.

Tomando la mano de Le Guin nuevamente, pensar que la descripción de la realidad es superior a inventar la realidad es creer que imitar es superior a crear. No tengo capacidad de contestar la mayoría de las preguntas que me planteo, pero preguntar es parte de mi vocación como periodista y escritora. Los periodistas preguntan, está claro, pero los escritores también. Diría que especialmente los de ciencia ficción, entre los que no me encuentro (¿aún?), quienes contemplan alternativas a nuestra forma de vida actual, advirtiéndonos a veces de las derivadas del camino y, en cierta manera, cuestionándonos.

En un artículo publicado en 2018, el politólogo Francis Fukuyama, más conocido por su teoría del «choque de civilizaciones» y «el final de la historia», advierte que los temores hacia el futuro se expresan mejor a través de la ciencia ficción, donde se imaginan mundos basados en las nuevas tecnologías. Fukuyama, al que desde entonces imagino en un sillón rojo con orejas rodeado de novelas de Isaac Asimov, Octavia Butler, William Gibson o de la propia Le Guin, en vez de tras un escritorio subrayando en fosforito ensayos sobre guerra o estadísticas económicas, destaca cómo en la primera mitad del siglo pasado estos miedos se plasmaban en relatos sobre dictaduras centralizadas, como *1984* de George Orwell, publicada en 1949, pero que en los últimos años la naturaleza de



las distopías habla más sobre el caos de la fragmentación, lo que refleja el funcionamiento de internet y las identidades políticas fragmentadas.

Un buen ejemplo es *Snow Crash* de Neil Stephenson, un libro basado en un mundo sin estados, privatizado, lleno de franquicias, urbanizaciones cerradas y mercenarios. A veces regreso mentalmente a él cuando leo titulares sobre el dominio de las tecnológicas sobre la sociedad, la economía y la política, o sobre la evolución en el consumo de la información.

No sé si al final de este viaje nos sentaremos a descansar bajo la sombra tersa y reconfortante de una respuesta, probablemente no, querido lector, pero no temo si la última noche es a tu lado bajo el cielo desnudo, el universo abierto.

Empecemos.